

## HOMENAJE DE UN HISTORIADOR A JUAN J. LINZ

JAVIER MORENO LUZÓN (1)

Juan J. Linz fue, sin duda, uno de los grandes científicos sociales del siglo xx y el más importante de los educados en España. La publicación de sus *Obras Escogidas* en siete volúmenes por parte del Centro de Estudios Políticos y Constitucionales (CEPC), completada entre 2008 y 2013, ha supuesto, pues, un acontecimiento académico de primera categoría. Se trata de un proyecto de gran envergadura que exigió la intervención de muchos profesionales distintos y un infrecuente respeto por la continuidad en el funcionamiento de una institución pública, ya que superó varios relevos en el Ministerio de la Presidencia —del que depende el CEPC— y entre los propios responsables del organismo. En un país como el nuestro, tan necesitado de solidez institucional, supone una señal alentadora.

El proyecto nació en la primavera de 2005, cuando ocupaba la dirección del Centro José Álvarez Junco y yo me encargaba de la subdirección de Publicaciones y Documentación. Surgió entonces la idea, a partir de diversas conversaciones con José Ramón Montero, de editar unas *Obras Escogidas* de Linz, todavía no sabíamos de qué extensión. Resultaban impensables, eso sí, unas verdaderas *Obras Completas*, por la abundancia y la propia naturaleza de los trabajos del maestro, siempre vivos y en continua reelaboración. Nuestro objetivo consistía en reunir sus textos más relevantes acerca de las cuestiones a las que dedicó su actividad investigadora, muchos de ellos no disponibles o difíciles de localizar en lengua castellana. El programa editorial, que abarcaba ya seis tomos, estaba bastante maduro en el verano de

---

(1) Catedrático de Historia del Pensamiento y de los Movimientos Sociales y Políticos en la Universidad Complutense de Madrid.

2006. Para diseñarlo y llevarlo a cabo, tuvimos la suerte de contar con dos especialistas capaces de asumir semejante desafío: el mismo profesor Montero y Thomas Jeffrey Miley, discípulo de Linz, que se incorporó más adelante al Centro como investigador García Pelayo.

Estas *Obras Escogidas* encajaban sin dificultad en una de las líneas ya establecidas dentro de las publicaciones del Centro, la que desde años atrás incluía la edición de las obras de notables académicos españoles como Manuel García Pelayo (publicadas en 1991, reeditadas en 2009), Francisco Tomás y Valiente (en 1997) y Luis Díez del Corral (en 1997), a las que habría que añadir, por ejemplo, los *Estudios de historia del pensamiento español* (de 1999) de José Antonio Maravall. A ellas sumamos asimismo las *Obras Completas* del intelectual, político y presidente de la Segunda República Manuel Azaña, a cargo del historiador Santos Juliá, en 2007. Además, la recopilación de textos de Linz formaba parte de planes más ambiciosos para el Centro, unos planes que abarcaban múltiples reformas y que aspiraban a convertirlo en un organismo de investigación de nivel internacional. En el ámbito de las publicaciones, esa necesaria modernización implicaba crear un consejo editorial para las colecciones de libros y consejos de redacción efectivos para las revistas, someter todos los originales a doble evaluación externa y cumplir los requisitos precisos para que las revistas fueran admitidas en las mejores bases de datos e índices de impacto mundiales. Este esfuerzo colectivo, posible gracias a numerosos colaboradores y a los trabajadores del Centro, fue recompensado con el éxito y con varias menciones. Como, por ejemplo, el premio a la mejor monografía otorgado en 2009 por la Unión de Editoriales Universitarias Españolas a los dos primeros volúmenes de las *Obras Escogidas* de Linz.

A la hora de impulsar estas labores, pesaba sobre nosotros una deuda: el mundo académico español había sido poco generoso con Linz y le debíamos un mayor reconocimiento. Aparte de poner en marcha las *Obras Escogidas*, el Centro creó en 2006 el *Premio Juan Linz* para las mejores tesis doctorales en Ciencia Política, que ya ha cumplido siete ediciones; y la Biblioteca del Centro recibió la generosa donación de parte de la de Linz, compuesta sobre todo por libros y documentos acerca de las regiones del mundo más alejadas de España y de su cultura, un valioso complemento a los fondos disponibles para la investigación en Madrid. Con el fin de avanzar en ese conjunto de acuerdos y tareas, tuve la oportunidad de visitar, en el otoño de 2007, a Juan Linz y a su esposa, Rocío de Terán, en su casa-estudio de las cercanías de New Haven, en Estados Unidos. Un espacio que me impresionó porque, rodeado de árboles y lleno de papeles, mostraba aún la impronta inconfundible—tan difícil de ver en España—de la Institución Libre de Enseñanza, de su

gusto sutil por la naturaleza y la artesanía. Allí pude disfrutar de la legendaria hospitalidad de ambos y de una larga conversación en la que, para mi sorpresa, Linz se interesó por mis propias investigaciones. Sabiduría, sencillez y amabilidad iban de la mano. Tal y como deseábamos, Linz se embarcó con entusiasmo en aquellos proyectos, que por fortuna pudo ver terminados antes de morir y que me proporcionaron una de las mayores satisfacciones de mi vida profesional.

Las obras de Linz, además de mantener una indiscutible relevancia en los campos de la Sociología y la Ciencia Política, resultan imprescindibles para los historiadores. Para empezar, porque algunas de ellas, como las encuestas que realizó —junto a Amando de Miguel— al empresariado español, en los años sesenta, se han convertido en fuentes históricas. Pero, ante todo, porque son aportaciones fundamentales al análisis de asuntos que componen el núcleo principal de la Historia Política contemporánea: desde los fascismos y los regímenes autoritarios y totalitarios hasta la quiebra de los democráticos y las transiciones de la dictadura a la democracia, pasando por el desarrollo de los movimientos nacionalistas o las características de las élites, los partidos políticos y las elecciones en diferentes coyunturas y países. A propósito de todos ellos, Linz reunió una cantidad ingente de datos, depuró conceptos y alcanzó conclusiones de gran utilidad para quienes se acercaron después a los mismos problemas. No hace falta estar de acuerdo con sus tesis para percibir la enorme calidad de sus escritos, tras los cuales hay un profundo conocimiento de cada materia. Su enfoque, por más que pueda adscribirse de manera genérica a las ciencias sociales, tiene mucho de histórico: se centra a menudo en el pasado, traza la evolución de los fenómenos políticos y sociales a largo plazo y no pierde de vista la ubicación de cada uno en su contexto temporal concreto.

Más aún, Linz no abandonó nunca su interés primordial por la historia de España: la integró en sus análisis comparativos y dejó investigaciones de peso acerca de la segunda mitad del siglo XIX y de todo el XX. Concebía a España no como una excepción, sino como un caso más entre otros casos nacionales. Para percibir la amplitud e importancia de sus trabajos bastaría con citar sus interpretaciones sobre los partidos políticos en la época de la Restauración (1875-1923), las continuidades y discontinuidades de las élites gubernamentales y parlamentarias entre sistemas cambiantes, la crisis y la quiebra de la democracia republicana en los años treinta, la caracterización del franquismo como un régimen autoritario (y, por lo tanto, no totalitario), las relaciones entre poder económico y poder político, los nacionalismos o la consolidación de la democracia española en los años setenta. Sus reflexiones sobre estos temas todavía perduran. Por ejemplo, en 1973 describía con gran

precisión la naturaleza de la cuestión nacional en España, de una actualidad inquietante: «España es hoy día un Estado para todos los españoles, un Estado-nación para gran parte de la población y sólo un Estado pero no una nación para importantes minorías.» (2) No se puede decir mejor en tan pocas palabras. Por lo tanto, para el historiador de la vida política en sentido amplio, más aún para el especialista en la España contemporánea, las obras de Linz constituyen referencias ineludibles, cimientos sobre los cuales edificar cualquier nueva indagación.

En cualquier caso, me gustaría destacar aquí el valor de otra vertiente en las obras de Linz, la metodológica, de la que a mi juicio tenemos aún mucho que aprender. Su modo de trabajar demolió las barreras que, con excesiva frecuencia, separan unas disciplinas de otras: Linz era a la vez sociólogo, politólogo e historiador, sin hacer distinciones entre estos oficios. Le importaban las respuestas a preguntas significativas sobre problemas relevantes, no las clasificaciones académicas convencionales. Fue un magnífico ejemplo de eso que mencionamos a menudo y que rara vez practicamos: la interdisciplinariedad. El método de Linz aunaba algunos rasgos básicos, que asoman en muchos de sus textos: sobre una amplísima base empírica, recurría a la comparación entre diversos casos, ponderaba la influencia de numerosos factores, establecía tipos y clasificaciones y llegaba a conclusiones por medio de un análisis probabilístico. Es decir, huía de toda explicación monocausal y de cualquier tipo de determinismo: del socioeconómico, que marcaba tantos productos universitarios en su madurez, y también del cultural, cuyo auge pudo contemplar al final de su vida. Para Linz, el uso de conceptos no implicaba el enunciado de teorías omnicomprendivas, de grandes paradigmas inamovibles, sino que permitía plantear explicaciones tentativas y flexibles, sometidas a constante revisión. Y en ellas representaban papeles protagonistas los actores individuales y colectivos, sus estrategias, logros y errores, limitados por marcos estructurales pero con márgenes de libertad innegables. De ahí la relevancia que adquirirían, en su visión de las cosas, los líderes y las organizaciones políticas y las consecuencias de sus acciones, nunca pre-determinadas. Bajo estas consideraciones latía, como él mismo reconoció, la continua inspiración que le proporcionaba Max Weber, fuente inagotable de ideas y de formas de hacer ciencia social.

Terminaré con una cita que define esta mirada linziana. En un texto de 1991 sobre la crisis de las democracias en la Europa de entreguerras, muy

---

(2) Juan J. LINZ, «Construcción temprana del Estado y nacionalismos periféricos tardíos frente al Estado: el caso de España», en *Obras Escogidas*, volumen 2, *Nación, Estado y lengua*, editadas por José Ramón Montero y Thomas Jeffrey Miley (Madrid: Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2008), p. 65.

útil aún hoy para aproximarnos a ella, Linz afirmaba que «un análisis desde la perspectiva de las ciencias sociales no tiene que ser determinista, no tiene que excluir un margen más o menos grande de libertad para los actores políticos en los momentos decisivos. Un análisis más centrado en el proceso mismo de la quiebra llama la atención sobre las oportunidades perdidas, las decisiones tomadas demasiado tarde, la falta de voluntad de defender la democracia por parte de los que en principio uno podría haber esperado que la defendieran.» (3) Sus obras conservan una estimulante frescura y transmiten las cualidades de la mejor ciencia social, por lo que debemos leerlas y releerlas, consultarlas, recomendarlas, discutir las y disfrutarlas. Ese será nuestro mejor homenaje a Juan J. Linz.

---

(3) Juan J. LINZ, «La crisis de las democracias», en *Obras Escogidas*, volumen 4, *Democracias: quiebras, transiciones y retos* (Madrid: Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2009), p. 204.